

H
370.5
M186
CR

EL MAESTRO

Tomo III

No. 5



1.º de Enero

1929

SUMARIO

Pésame. —En memoria del Prof. Omar Dengo, *por J. A. F.*—Circular de la Secretaría de Educación Pública.—Los solemnes funerales en honor del Prof. Dengo.—Será colocado en la Sala Magna de la Escuela Normal el retrato de Omar Dengo.—Los funerales y entierro del Prof. Omar Dengo, en Heredia.—Profesores de la Normal, *por Marcelina de Loria*.—Las últimas frases pronunciadas por Omar Dengo.—Oración fúnebre pronunciada por el Secretario de Educación Pública ante el cadáver de Omar Dengo.—En el Congreso: Sesión del 19 de Noviembre de 1928.—Proyecto del Poder Ejecutivo para pensionar a la viuda e hijos del Profesor Dengo.—En el Congreso: Sesión del 21 de Noviembre de 1928.—La Logia Dharana rinde un homenaje a la memoria de Omar Dengo.—Ley N.º 39, por la cual se pensiona a la viuda e hijos del Prof. Omar Dengo.—Omar Dengo; apuntes para una silueta psicológica, *por Luis Felipe González*.—In memoriam, *por Víctor Guardia Quirós*.—El hombre que supo morir, *por Raúl Haya de la Torre*.—Omar, *por Ricardo Fournier Q.*—Exhortación del Director de la Escuela Normal de Costa Rica en la Fiesta de la Raza y de los Graduados de la Escuela, mañana del 12 de Octubre de 1928, *por Omar Dengo*.—El Magisterio Panameño y el fallecimiento de Omar Dengo.

CORREOS: CASILLA 1177

38612 IMPRENTA TREJOS HNOS.

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

FRANQUICIA POSTAL

Art. 22 de. Decreto No. 10
de 18 de Octubre de 1928

EL MAESTRO

REVISTA DE PEDAGOGIA Y OTROS ESTUDIOS
ORGANO DEL MAGISTERIO COSTARRICENSE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA ♦ 1.º DE ENERO DE 1929

No. 5

Pésame

El Maestro embuta las páginas del presente número como testimonio de duelo por la muerte del insigne educador don Omar Dengo, Director de la Escuela Normal de Costa Rica, y, a la vez, expresa su profundo y sincero pesar a la señora doña María Teresa Obregón v. de Dengo y a los hijos de este ejemplar matrimonio por la desgracia irreparable que ese doloroso acontecimiento les ha acaecido.

En memoria del Profesor don Omar Dengo

(Página de la Dirección)

EL MAESTRO dedica cariñosamente este número a la memoria del Profesor don Omar Dengo, Director de la Escuela Normal de Costa Rica, fallecido el 18 de noviembre último, a la temprana edad de 40 años, en la ciudad de Heredia. En su alta y noble capacidad de educador, el señor Dengo llevó a cabo una labor cuya provechosa eficacia se ha extendido en poco tiempo por todos los ámbitos de la república, y este mérito no se mide ni se aprecia a la verdad por razón de los años que a esas superiores actividades él hubo de consagrar, ya que ha muerto cuando apenas llegaba a la mitad de su preciosa vida, sino por lo intenso, profundo y elevado de la influencia que sus enseñanzas morales, intelectuales y cívicas han dejado en el espíritu entero de la nación: he aquí explicado en pocas palabras por qué la muerte de este costarricense insigne ha alcanzado manifiestamente las proporciones de un duelo nacional. Fuera ya de este mundo, en donde no ha de ser fácil llenar el vacío que él deja, no parece sino que ha cesado, por una cruel fatalidad del destino, la acción educadora del malogrado apóstol; pero esto en verdad no es así, porque la vida del Profesor señor Dengo fué un conjunto armónico de todas aquellas virtudes y de todas aquellas capacidades que le confieren la más excelsa superioridad al hombre; ella, por lo tanto, constituye una lección permanente y en extremo provechosa para cuantos aspiren a ser perfectos ciudadanos y verdaderos educadores. A esa sagrada fuente deben ocurrir todos los preceptores de la república cuando necesiten guía, ejemplo, estímulo e ideales para cumplir satisfactoriamente con la delicada misión que les incumbe.

Esta revista obedece a los más puros dictados de la justicia al consagrar el presente homenaje a la memoria del muy querido, dulce y preclaro Maestro.--j. a. f.

ADVERTENCIA

Acompañamos al presente número de EL MAESTRO, en edición separada, el retrato del Profesor don Omar Dengo, en la seguridad de que ha de ser un recuerdo muy grato para sus discípulos y para sus admiradores.

Circular de la Secretaría de Educación Pública

Secretaría de Educación Pública.—
San José, 20 de noviembre de 1928.

*Señores Profesores y
Maestros de la República*

Pasado mañana será el *Día del Maestro*, es decir, el día en que todos los que nos dedicamos a esta noble tarea docente debemos exaltar la memoria de los maestros más queridos, de los maestros mayores de la escuela, de los más sabios, de los más generosos.

El día en que encendamos una lámpara votiva en que arden, como óleo sagrado, recuerdos y esperanzas, dolores y alegrías, triunfos y derrotas que han venido sumándose, al través del año, sobre nuestra vida de maestros.

Como en los años anteriores, renuevo en éste a Uds. mis mejores deseos por el éxito en sus labores, por la ventura y la salud de Uds., de sus familias y de la escuela; de esa escuela en que tiene la patria el más caro y fecundo tesoro: sus niños.

Deseo que este año consagremos conjuntamente el pensamiento a dos grandes maestros recientemente desaparecidos: don Claudio González Rucavado y don Omar Dengo.

Sus vidas laboriosas, noblemente consagradas al bien y con toda limpieza vividas, son alto ejemplo que exaltar ante las juventudes del país.

Comentar ante ellas los rasgos salientes de la vida que estos nobles varones llevaron, es hacer obra constructiva y edificante. Espero que lo hagan Uds. con

la más profunda devoción y con toda la simpatía que por ellos siente la nación entera.

Lean a los jóvenes páginas de esos hombres. Del señor González Rucavado han de encontrarlas muy sentidas en sus libros:

El Hijo de un Gamonal, Escenas Costarricenses, Egoísmo, Ensayo sobre moral y política y, especialmente en su tomo *De Ayer* en que escribe cuentos para niños, llenos de ternura.

De don Omar no tenemos todavía un libro, que quizá realicemos más adelante, pero muchas páginas filosóficas y hondas encontrarán Uds. dispersas en estas revistas y periódicos: *La Obra, Renovación, Trabajo, Letras, EL MAESTRO, El Repertorio Americano, La Prensa Libre, La Información, La Tribuna, El Diario de Costa Rica, La Escuela Costarricense, Vida y Verdad y La República.*

Deseo, además, para que este recuerdo tenga un sentido permanente, que pidan Uds. mañana a todos los alumnos de sus colegios y escuelas una contribución de diez céntimos y la envíen al señor Subsecretario por medio de sus jefes inmediatos.

Soy enemigo de las contribuciones escolares, a ellas me he opuesto siempre y hay circulares mías que las prohíben, pero el noble propósito de ésta, ha de justificar la excepción.

Con esa pequeña cuota, que es insignificante para cada niño, y que Uds. no tomarán sino de aquellos a quienes no les haga falta, deseo que echemos las

piedras fundamentales de los mausoleos para estos dos maestros.

Poco será lo que así se recoja, pero aspiro a que sea ésa la base en que se sustenten tales monumentos, para que arranquen del corazón de todos los niños de Costa Rica.

La Secretaría de Educación arbitrará después otros medios para ocurrir al

gasto que la obra demande, pero, ahora que poseen esos maestros su parcela de tierra en la ciudad doliente, han de ser manos de niños las que comiencen a levantar la casa de eternidad en que ha de vivir el recuerdo de ellos y la gratitud de Uds. y de los niños.

LUIS DOBLES SEGREDA

Los solemnes funerales en honor del Profesor don Omar Dengo

Bajo la impresión de la más profunda de las penas, se conglomeró en la ciudad de Heredia, en la mañana del domingo, una multitud de gentes de todas las provincias centrales que querían testimoniar el dolor que ha experimentado el país, con la pérdida del Profesor don Omar Dengo, Director de la Escuela Normal de Costa Rica.

El Profesor don Justo A. Facio, refiriéndose a este suceso, nos decía ayer: «No es la Escuela Normal; no es la familia quien lo pierde; es la Nación. Omar Dengo era único; no hay quien lo reponga. Hombre sin odios, sin rencores. Ciudadano comprensivo de los problemas nacionales. Profesor estudioso y de una admirable visión del alma de sus discípulos. Era extraordinario. El país no sabe lo que ha perdido».

El templo Parroquial estaba lleno de gentes que lloraban; las calles vecinas también; así como las callejuelas del Parque Central. Varios carros estaban cubiertos de flores y espacio faltaba para colocar más coronas, que no cesaban de llegar.

Se efectuaron funerales muy solemnes; la fastuosidad de los rituales que la iglesia católica reserva para esta clase de actos adquiere en esta ocasión mayor intensidad fúnebre e hizo más dolorosos los minutos que transcurrían lentos, como si hubiera el deseo de hacer más mortificante el acto.

Por fin sale el féretro, llevado en hombros por los amigos y colegas del ilustre fallecido; desde el atrio, el Secretario de Educación, Profesor don Luis Dobles Segreda, dirige unas palabras a la multitud y conforme avanza en su discurso, la emoción crece entre todos los concurrentes: lloran los varones y las mujeres; lloran los niños escolares y colegiales. Es tan emocionante el momento que hay quien piensa que es preciso partir, que el orador suspenda su oración y avance el desfile.

Recuerda don Luis que fué compañero del extinto en el banquillo del Liceo; que fué después compañero en el apostolado de la enseñanza, que ejerció con cierta beatitud admirable.

Y entre frases de una profunda filoso-

fía, conceptos que son todo un elogio para la vida de un santo, termina el orador con una oración por el difunto.

Desfila el carro fúnebre conduciendo el cuerpo inerte del Profesor. Preside el duelo el señor Presidente de la República, a quien acompaña su Gabinete; vemos allí a los Directores de todos los Colegios de Segunda Enseñanza; Maestros de diferentes ciudades y pueblos; ex-alumnos de la Escuela Normal de Costa Rica; niños de las escuelas primarias y ciudadanos de todas las categorías y de todas las poblaciones.

Ya en el cementerio, bajo una lluvia fina,—pero siempre compacta la muchedumbre,—hablaron el profesor don Carlos Luis Sáenz, en nombre del profesorado; don Raúl Haya de la Torre, en nombre de la Liga Cívica y el joven don Adán García, alumno del Tercer Año de la Escuela Normal, en representación de sus compañeros.

Poco después, bajo la sombra de un pino de esos llamados llorones o silbantes, en el seno de la tierra, se colocaban aquellos despojos mortales, tan llorados.

Posiblemente, como quería el poeta don Carlos Luis Sáenz, en su brillante discurso, allí no faltarán flores, y muy pronto, el maestro que fué siempre como una lección vivida, se convertirá en rosas, que hablarán al espíritu de los que hasta allí lleguen a evocar su recuerdo.

PALABRAS DEL SR. HAYA DE LA TORRE

El señor Haya de la Torre, que estaba muy impresionado, porque le tocó sacar de paseo a don Omar, en sus últimos días de vida y también tomar

sus palabras finales, su testamento espiritual, como dice el Dr. don Alejandro Montero Segura, no podía casi hablar; quiso hacerlo en el atrio del templo y no se sintió con ánimo suficiente. Ya en el cementerio, pronunció una oración muy hermosa, de la cual recordamos estos conceptos:

—«Mi palabra no es extranjera, como tampoco es extranjero mi dolor. Anoche en su agonía grandiosa, me llamó entre sus discípulos más queridos y me dió un ósculo de paz, pidiéndome que siguiera en mi peregrinación, sin desmayar en la tarea.

La muerte de Omar Dengo nos ha dejado una lección maravillosa de fortaleza. Desde la tribuna de la muerte, desde la cátedra máxima de su lecho de moribundo, dijo su más alto sermón, su lección más eminente y luminosa. Murió poco después de media noche, pero cuando murió, como que se adelantó la aurora.

Yo, peregrino de América, me detengo aquí, ante su tumba, para repetir sus últimas palabras: «Jóvenes, ahora a vivir. Eso es importante.» Para decir con él: «Sean fuertes, cuiden de su cuerpo. No desmayen. Que haya alegría desde mañana.» Para decir, ante la tumba abierta de uno de los más grandes hombres de Costa Rica, que se impone levantar un voto en esta hora de naufragios morales en América Latina, porque no sólo rindamos a los grandes muertos tributos fúnebres sino porque les cuidemos y alentemos en vida, porque muy frecuentemente sufren abandono y soledad.

Omar Dengo es un santo civil. Permítaseme que reclame su memoria a los costarricenses, para decir que ha muerto

un grande hombre de la América Latina, que en este momento llora con nosotros.

Mi palabra no es extranjera, como tampoco es extranjero mi dolor».

HABLA EL MAESTRO SALVADOREÑO

También pronunció unas sentidas frases el Delegado del Magisterio Salvadoreño, señor Márquez, recordando que en su país había dos elementos, sirviendo a la causa de la enseñanza, graduados en la Escuela Normal de Costa Rica.

Llevaba al brazo una canastilla de flores, donde lucía el pabellón de su patria y dijo que su mejor deseo,—en esta hora de pena,—era que el pabellón de su República velara siempre aquella tumba.

Pidió que se le permitiera arrodillarse ante los restos del ilustre varón y así lo hizo por unos segundos.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL MAESTRO

Ha causado gran sensación el detalle del final del Maestro; no perdió sus facultades y durante cuarenta minutos habló sobre diferentes tópicos. Su palabra era como un sermón laico, una conferencia cívica, el testamento espiritual, que el señor Haya de la Torre quería que oyera todo el país.

Recordó a todos los amigos, a las escuelas, a Billo Zeledón, a sus compañeros de luchas, a sus familiares, a sus discípulos y colegas.

Para su esposa y sus hijos tuvo frases muy dulces

Se despidió de todos y a cada uno de los presentes dió un ósculo, un abrazo, junto con algún consejo.

Pidió que nadie llorara y los que rodeaban su lecho, que eran muchos, fueron dominados por su palabra y esperaron el último momento, acallando su corazón, reteniendo las lágrimas.

Hasta en ese trance fatal de la desencarnación, como dicen algunos, tuvo el poder de sugestión, el dominio que le sirvió para hacerse entender, para hacerse querer de sus discípulos, para ser maestro, en todas y cada una de sus manifestaciones.

LA NOTA DE SU PEQUEÑO HIJO

Para sus cuatro hijos tuvo frases cariñosas; al mayor, que no tiene diez años, le dejó dicho que desde su muerte sería el padre en su hogar. Que velara por sus hermanitos y por su madre; que no estuviera triste, que volviera a buscar sus juguetes.

Y el pequeño, dentro de su inocencia y su incomprensión de las amarguras de la vida, se ha revelado un pequeño hombre, y sin una lágrima, estrujando el corazón, siguió el cortejo, comprensivo de su deber.

Ya sé que mi padre ha dicho muchas cosas bonitas antes de irse,—dijo a un amigo,—y seguiré sus consejos.

MENSAJES DE DUELO

Con motivo de este duelo del Magisterio Nacional, y de la República, se han cruzado muy sentidos mensajes de condolencia, dirigidos a la familia del extinto y a la Secretaría de Educación.

A continuación recogemos algunos, ya que nos es imposible dar a la publicidad todos, como fuera nuestro deseo.

TELEGRAMA DE UN CIUDADANO DE LIMÓN

Limón 19.—El espíritu más alto, la mente más luminosa, el mejor corazón, la voluntad más sana, la conciencia más pura, han desaparecido de entre los hijos de Costa Rica el expirar Omar Dengo.—VÍCTOR M. SALAZAR.

CABLES CRUZADOS ENTRE EL GOBIERNO DE EL SALVADOR Y EL DE COSTA RICA CON MOTIVO DE LA MUERTE DE DON OMAR DENGO

Luis Dobles Segreda, Ministro de Educación Pública, San José.—Conster-nados por súbita muerte eminente profesor Omar Dengo. A nombre este Gobierno, del Ministerio de Instrucción Pública y Magisterio Nacional presento a ustedes sentido pésame y toda nuestra simpatía.—Afectísimo servidor, J. MAX OLANO, Subsrio. Instrucción Pública.

J. Max Olano, Subsecretario Instrucción Pública, San Salvador.—Conmovera y generosa es la compañía de Uds.

en esta gran desgracia. Manifieste Gobierno, Ministerio y Personal Docente nuestra profunda gratitud.—LUIS DOBLES SEGREDA, Srio. Educación Pública.

NUESTRA CONDOLENCIA

En esta oportunidad, reiteramos a la viuda, doña María Teresa de Dengo, a sus cuatro hijos, a la familia Obregón, al Magisterio Nacional y al personal y alumnos de la Escuela Normal de Costa Rica y a la Secretaría de Educación, el testimonio de nuestra condolencia.

Y hacemos nuestras las palabras del Profesor Facio: este duelo no es solamente de la familia y del Magisterio; no: es de la República que pierde a uno de sus más preclaros varones, que la honró en todo momento; que hizo de su vida un apostolado y se convirtió en servidor de la causa de la cultura, que es servir a la humanidad.

Crónica del Diario de C. R., del 20 de noviembre de 1928.

Será colocado en la Sala Magna de la Escuela Normal el retrato del Profesor Dengo

El Profesor don Luis Felipe González ha lanzado una hermosa iniciativa: la de colocar en el salón de actos de la Escuela Normal el retrato de don Omar Dengo, cuyo fallecimiento ha causado tan sincera y general pesadumbre en todos los círculos sociales del país.

Habiendo sido tal iniciativa aceptada desde el primer momento, el Profesor González Flores contrató ayer con don Enrique Echandi el retrato, cuyo importe será pagado por suscripción pública. Se

nos informa que ya ha sido cubierta la mitad del valor del retrato, que será colocado junto a los del Lic. don Mauro Fernández y el Doctor don Jesús Jiménez.

Muy loable nos parece la iniciativa del señor González Flores, puesto que se trata de rendir un homenaje más al insigne maestro e ilustre ciudadano. Las personas que deseen cooperar en él, pueden dirigirse para dicho fin al mismo señor González Flores.

Los funerales y entierro del Profesor don Omar Dengo en Heredia

Una imponente manifestación de dolor acompañó el cadáver hasta su última morada

La noticia de la muerte del Profesor don Omar Dengo causó, como era natural, una de las más hondas penas que jamás haya experimentado la República entera. La ciudad de Heredia, en la mañana del domingo, se vió inundada por una multitud de personas de todas las condiciones sociales que querían participar del duelo que se cernió sobre la Nación con caracteres intensos.

Una gran cantidad de ofrendas florales, al pie del túmulo, en la Parroquia de esa ciudad, testimonió mudamente cuánto era el dolor de todos aquellos que tuvieron la dicha de conocer al ilustre Profesor desaparecido en lo más lozano de su vibrante y fecunda juventud.

Al salir el cadáver de la Parroquia, el señor Secretario de Educación Pública, en el atrio de la misma, pronunció un sentido discurso cuya reconstrucción insertamos por aparte.

Al llegar al Cementerio, hicieron uso

de la palabra el Profesor don Carlos Luis Sáenz, el Conferencista Haya de la Torre, el Profesor salvadoreño que es ahora nuestro huésped y un joven de la Escuela Normal, quien leyó un hermoso poema a la memoria de Omar.

No recordamos jamás haber asistido a una manifestación de duelo ni más justa ni más intensa. Durante las honras fúnebres y el acto del entierro se apoderó de todos los semblantes, sin excepción alguna, un elocuente gesto de pena y de amargura sin límites.

La Tribuna se asocia al duelo general que embarga a la República en estos momentos y sume en la más honda desolación el hogar y familiares de Omar Dengo para testimoniar a la señora viuda, los hijos y demás familia doliente la expresión de su pesar muy sentido.

JOSÉ MARIA PINAUD

De *La Tribuna* del 20 de Noviembre de 1928.

Profesores de la Normal

«Omar Dengo poseía corazón de niño y mente de filósofo».

Omar os ha dejado congregados aún, en ese Templo-Hogar, como el Divino Maestro dejó en la cumbre de los Olivos a sus apóstoles, para irse a la Mansión Eterna, una vez cumplida su misión santa.

Valor, compañeros, valor, que así como Jesús dió fuerzas e inspiración a aquellos para que siguieran enseñando sus

sabias doctrinas, así el Sócrates Moderno cuidará de los suyos y los fortificará con su cariñoso aliento para que puedan seguir adelante con su noble tarea.

Apóstoles de la Enseñanza: tened presentes los consejos que os dió minutos antes de su partida. Omar no os abandonará mientras tengáis mucho amor a la niñez.

¡Si Omar era todo amor!

MARCELINA DE LORIA.



EL PROF. D. OMAR DENGO

Las últimas frases pronunciadas por Omar Dengo desde la más alta tribuna: La tribuna de la muerte

Momentos antes de expirar, Omar Dengo pronunció desde la más alta tribuna, la tribuna de la muerte, bellísimas frases llenas de un sereno y profundo sentido filosófico. Nosotros reconstruimos algunas de esas frases y las publicamos en la edición del domingo, pero ahora las transcribimos en toda su plenitud por la hermosura que ellas encierran. Se fué dirigiendo a cada uno de los presentes en su dormitorio, y fué diciéndoles:

Dirigiéndose a Carlos Luis Sáenz:

Carlos Luis, hijo, no se aflija. Tiene que sostener la Escuela Normal. No la dejen morir. Ya hablé con Dobles Segreda. El está con ustedes. Estoy tranquilo. Usted sabe que nuestras ideas nos dan tranquilidad. Por supuesto que no tengo detalles. Bueno, adiós.

Dirigiéndose a Haya de la Torre:

Virgilio...! Tómenme de la mano, pero no me tomen como a un esclavo... Si uno se despide para un viaje por tarjeta, ¿por qué no ha de despedirse para la muerte...? Haya de la Torre, ya le había mandado memorias. Siga, siga...

Dirigiéndose a Monseñor Benavides:

Monseñor: confórteme con los santos óleos. Perdóneme. No me confieso, porque no sé qué pueda decir. Tráigame el Cristo.

Al Cristo:

«Oh Cristo, Tú que iluminaste al mundo con tu ciencia y tu poder, ilu-

mina mi pensamiento para entrar en la eternidad. Tú eres el símbolo de la redención de los hombres, pero tu doctrina ha sido por muy pocos comprendida».

A la Nación:

En el país hay mucho que hacer. (Al oír al señor Haya de la Torre que exclama: Cómo lo oyera toda la Nación): «En Costa Rica hay una juventud pujante. Tiene un gran porvenir. Tiene una gran riqueza que puede servir para el surgimiento de una gran cultura. Los jóvenes no deben detenerse por detalles insignificantes de personalismo. No deben ser como he sido yo que todo me desilusionaba, que iba leyendo por el camino y arrojaba el libro para espantar un gato.

A la juventud le toca tomar el puesto de los viejos, serenamente, sin rencores y sin personalismos. Yo no estoy contra los viejos, pero es natural que vayamos distanciados porque ellos no pueden ir a nuestro paso. Hay que darle a cada uno su puesto. Si hay lluvia, ellos se meten en la primera puerta o se quedan bajo el primer alero. Jóvenes: no sean como esos estadistas que disimulan sus cuestiones personales convirtiéndolas en graves razones de Estado».

Dirigiéndose a los muchachos de la Escuela Normal:

Sean fuertes. Cuiden de su cuerpo. Yo me he dejado de mi cuerpo. No desmayen. Que desde mañana haya alegría en la Escuela. Si tienen preparado su paseo a Puntarenas, háganlo, háganlo.

El Arbol de Navidad no dejen de hacerlo, Jóvenes: ahora a vivir. Eso es importante.

Hablando sobre el proceso de su agonía:

«Observen el proceso. Es interesante. Obsérvenlo. Estoy analizando... Puede ser que no me crean. No importa... Mi cuerpo toma todas las formas que yo quiero darle. Lo veo ahora como una sombra chinesca. Es divertido. Ahora lo veo de una manera que no se puede explicar por la geometría de la tierra; lo veo en el plano inclinado y en el plano recto al mismo tiempo... Ya entré!

No siento mi cuerpo ya. Yo que he estudiado tanto, estoy viendo ahora la desintegración de las ideas cerebrales. Ya, ya me fuí! No, quise decir que la vida es importante si se le da un sentido... Bueno, en estos días me he imaginado que en mí había dos tontos. Uno era el corazón y el otro los pulmones y se pasan peleando. Y yo, no sufría los dolores... Ahora me estoy quedando solo. No sé dónde me encuentro. Pero habrá alguien que me dirá qué debo hacer...

¿Por qué están todos en silencio? ¿No hay alguna noticia de importancia que pueda llevar allá mañana? Tal vez me lo creen al otro lado...

«Tengo una perfecta tranquilidad moral. Sólo siento un dolor físico. Mi vida es un lago azul sereno... Veo tres colores y ahora veo una cruz blanca».

(Al notar que se estaba arreglando las mangas de la camisa). «Pero me estoy arreglando la camisa! Vale la pena presentarse bien. Si tuviera corbata y estuviera torcida también me la arreglaría. Ahora arréglenme la ropa debajo de la espalda, aunque eso ya no tiene importancia».

«No he tenido rencor para nadie...»

(Después de llamar especialmente al señor José Acuña y de abrazarle y besarle: «Este es otro hombre que vale, pero que no hace todo lo que debiera hacer... Perdóneme! Haga como Haya. Dedicuese a la Patria. Haga como la Liga Cívica, como Quesada, como Moreno, como Collado...»

Fuí a la gloria y me devolvieron porque llegué llorando».

Refiriéndose a los Médicos:

«Para Ricardo, para el doctor Zamora, para mi enfermera, mi más grande admiración y mi más profunda gratitud. Memorias al viejito Zamora, tan bueno. Ricardo, Richard: la inyección y un poco de agua del tubo. Quitame este dolor que es lo único que me molesta. (Al sentir la inyección). Gracias. *Carlos Luis*: No tomes más apuntes. Si acaso hablara Sócrates...! Hasta en mi muerte he sido un poco parlanchín. Ahora no hablo más...

Don Omar, que ya había hablado antes privadamente con el señor Dobles Segreda, con su hermano político don Miguel Angel Obregón y otras personas, se despidió uno a uno de todos los presentes abrazándoles y besándoles, haciéndoles recomendaciones particulares y recordando a muchos ausentes, para quienes encargaba memorias y consejos. En el curso de su agonía tuvo las más hermosas palabras de admiración para su esposa, a quien llamó santa. La dió muchos consejos, recomendándole tranquilidad «hasta que ella también se librara de este cascarón corpóreo». Habló con sus hijos con las más bellas palabras y dijo que quería que fueran fuertes de alma

y de cuerpo. Envió mensajes a varias escuelas primarias, entre ellas, a la Escuela Maternal, con especiales recuerdos para las maestras de ésta, encargándose así a la señorita María Isabel Carvajal, de quien se despidió.

Luego cruzó sus manos unos minutos

y su respiración se hizo entrecortada y expiró dulcemente a la una de la mañana, en que el doctor Moreno Cañas, visiblemente conmovido, declaró que había fallecido.

De La Tribuna del 20 de Noviembre de 1928.

Oración fúnebre pronunciada por el señor Secretario de Educación Pública frente al cadáver del Profesor don Omar Dengo

Señores:

En nombre del Gobierno de la República y en nombre del Magisterio Nacional, que visten luto en esta hora, vengo a decir unas palabras para despedir a este prestigio del país, a este hombre admirable y justo, con quien tuve la dicha de compartir las horas de mi juventud, en los bancos del Colegio, y las horas de madurez entre el dolor y la alegría que la escuela significa.

Yo no puedo decir como San Pablo a los Corintios:

«Es menester que esto corruptible sea vestido de incorruptión».

No me resigno a esta serenidad de los santos, tengo el alma despedazada, como despedazada está el alma de Costa Rica, por la muerte de este varón altísimo, y vengo a depositar mi llanto sobre el vaso de arcilla que contuvo ese espíritu dilecto.

Yo sé, Omar Dengo, que si tu cuerpo rígido tuviese todavía un poquito de calor, sublimarías nuestras lágrimas y las devolverías, hechas incienso de gratitud, porque así fué siempre de generosa tu vida.

Sé que lloramos sobre el vaso de arcilla, pero somos también arcilla. Sé que este hombre ha roto las ligaduras que le ataban al lodo del mundo, para elevarse a la altura donde él oyó, como Pitágoras, cantar las estrellas.

Está libre ya. Santa Teresa dice que vivimos en la prisión de nuestro cuerpo y rompemos las rejas cuando hacemos el viaje eterno, pero no puedo dejar de llorarle, ni deja de llorarle la ciudad entera, la república entera, que siente que para llorarlo no correrá el tiempo.

Un sacerdote de Juno pidió a la diosa que, como premio a su consagración, le fuese concedido a sus dos hijos, Bilón y Cleobis, el mayor bien que los dioses pudieran otorgar a los mortales.

El oráculo contestó: «Traelos al templo». Allí permanecieron la noche entera y, a la mañana siguiente, fueron hallados muertos junto al altar. Entonces, señores, el mayor bien que pueden los dioses conceder a los mortales es este descanso interminable de la muerte.

Nunca entendí mejor el alcance de la leyenda griega que anoche, cuando este noble espíritu, al despedirse de

quienes rodeábamos su lecho, nos decía: «¿Por qué lloran, amigos míos, por qué lloran si voy entrando a una vida mejor? Muero sin un odio dentro del corazón, sin llevarme un rencor, sin un remordimiento y ésta es una despedida placentera».

He allí un alto ejemplo escrito en la hora postrera.

Cansado su espíritu de trajinar por esta ruta de miserias, de vanidades, de rencores, tomó pasaje hacia los mundos lejanos en que él esperaba.

¿Pero cómo no hemos de llorar si nunca hubo padre que dejase más huérfanos, ni muerte ví que arrancase más lágrimas? Allí están esas pobres criaturas de la Normal llorándole conmigo porque ellas saben cuánto valía y comprenden que no hallarán padre más cariñoso y que más penetrase dentro de su corazón.

Yo ví los templos repletos de niñas arrodilladas, con las manos juntas y los ojos entristecidos, pidiendo a Dios por la salud de este maestro.

Pero Dios, estuvo sordo a sus ruegos. Esa frente, llena de sueños y de esperanzas, está ahora fría como losa de mármol.

Sin embargo, él mismo nos decía despidiéndose: «Dios sabe lo que hace, dá la vida cuando Él cree justo darla y la suprime cuando debe suprimirla. Los hombres no podemos conocer sus designios».

Pensemos, señores, en que es verdad el sentir de Jorge Manrique expresado en la copla inmortal:

«Andamos mientras vivimos,
y allegamos
al tiempo que fenecemos»,

Oh, amigo mío, vas entrando a la caverna tremenda del más allá, llena por nuestras dudas y nuestras esperanzas, donde sólo nos consta que llegamos a la igualdad perfecta. La gruta donde negros y blancos, ricos y pobres, príncipes y mendigos son el mismo polvo mortal.

Vas entrando a la ciudad doliente donde espera la cruz, con los brazos abiertos, la misma cruz de ceniza que pone en nuestra frente el sacerdote para recordarnos que «somos polvo y al polvo hemos de volver».

¿Pero cómo resignarnos a que este astro de nuestros cielos, este hombre luminoso, sea ahora sólo un poco de polvo y de ceniza?

El misterio, la duda tremenda, nos asalta y, como Ciparis ante la cólera de Apolo, cruzamos los brazos y, anonados, inmóviles, nos convertimos en cipreses funerarios para ser centinelas, perpetuos y leales, de esos huesos queridos.

Y así, absortos en la honda meditación del más allá, esperamos ver surgir de este grupo un rosal milagroso y esperamos que sus rosas se fuguen a formar costelaciones.

Entonces nos parece que su cuerpo revive, que oímos de nuevo su voz cansada y que su mano yerta vuelve a santificar la frente, como anoche lo hiciera, con las palabras sagradas:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

En el Congreso

Sesión del 19 de Noviembre de 1928

Los Sres. Diputados se ponen de pie y guardan un minuto de silencio como homenaje a la memoria del Profesor don Omar Dengo

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, el representante Pérez pide la palabra para suplicar a la Cámara rinda un homenaje a la memoria del Profesor Omar Dengo, poniéndose de pie un minuto. Hace la siguiente moción:

Señores Diputados:

Perdonad que me adelante a vuestros justos deseos, siendo quizá el menos capacitado de la Cámara, para hacer moción en el sentido de que el Congreso se ponga de pie, durante un minuto, para honrar la memoria del excelso profesor don Omar Dengo.

Fué este hombre raro meteoro, algo así como una exhalación, de esas que dejan una estela de luz alumbrando el camino que debe seguir la humanidad. Por eso sus discípulos dicen ahora en la intensidad de su dolor: «Murió el albo Omar» sin tener que decir a su recuerdo la frase consagrada del «Dios lo perdone», ya que de nada tendrá que perdonarle, pues él sólo supo servir a Dios, a los hombres y a la Patria.

Fué el fundador del centro «Germinal» y desde aquella cátedra, desgranó verdades y más verdades, sobre la mente del pueblo, para que adquiriera un concepto más alto de la Justicia y la Libertad; enseñando con su verbo mágico de apóstol, un porvenir inmensamente hermoso para todos los pobres de la tierra. Yo fui uno de los beneficiados con aquel rocío de verdades; y por esto, os propongo mi moción, como un ho-

menaje de mi profunda gratitud, y que a su vez sea exponente de la gratitud que sienten las clases trabajadoras, por el Maestro que con tanta abnegación sirvió a la cultura de su Patria.

El señor Cortés apoya la excitativa del señor Pérez, y, además, dice que pasará una insinuación privada al señor Presidente para que envíe a la Cámara el proyecto de ley para conceder una pensión a la señora viuda. La figura de Omar Dengo, dice, no puede pasar inadvertida; tuvo méritos excepcionales, fué un ejemplo vivo del exaltador de nuestras virtudes, hombre recto, sincero, que externaba sus opiniones sin recelos. El Estado debe hacer algo en su memoria: no sólo pensionar a la viuda, sino también hacerse cargo de la educación de sus hijos, pues ello será honrar la memoria del Maestro.

El señor Sotela se levanta conmovido para aportar su grano de arena al homenaje, homenaje que traía en la mente para pedirlo, pero se encontró que se le habían adelantado. Al hablar de Omar Dengo, manifiesta que desearía que la palabra tuviera el poder de expresar no sólo el sentimiento de un hombre, sino el sentimiento de la Patria. Digamos de él que amó a Dios y a la Patria: Dios le dará lo suyo, la Patria, representada por este conjunto de hombres, le dará aquello a que es acreedor. El Congreso debió haber hecho mucho en su memoria; debió haberlo tenido ocho días en capilla ardiente, levantar una pira, hacerle

un altar, ya que era el vivo ejemplar de civismo en donde se concentraban todas las virtudes posibles en un hombre. Murió porque su cuerpo ya no le servía, se rompió como se rompe el fruto en la tierra para dar una flor; así, ese cuerpo se rompió para dar la floración de su espíritu, que hoy es un orto en el cielo de la patria. Que vengan estas palabras en el Congreso para exaltar su memoria y que vean sus hijos que la Patria le hace Honor. Desearía que al levantarnos en un minuto de silencio, invocando la figura de Omar Dengo, que

este levantamiento sea a la vez una fórmula tácita de aprobar la insinuación del señor Cortés para que el Ejecutivo nos remita el proyecto de pensión para la señora viuda.»

El señor Presidente apoya la idea y dice que así se hará como medida doméstica, ya que el estar en sesiones extraordinarias le veda cualquier iniciativa.

Acto seguido la Cámara, en medio del silencio más religioso, se mantuvo en pie durante un minuto.

De La Tribuna

En el Congreso

Sesión del 19 de Noviembre de 1928

El Congreso de la República guarda un minuto de respetuoso silencio para honrar la memoria del Profesor don Omar Dengo

Iniciativa para pensionar a su viuda y para que el Estado pague la Educación de uno de sus hijos

El Congreso de la República tributó ayer un solemne homenaje a la memoria de Omar Dengo.

Después de leída el acta de la sesión anterior, el Representante Pérez, dijo:

Perdonad que me adelante a vuestros justos deseos, siendo quizá el menos capacitado de la Cámara, para hacer moción en el sentido de que el Congreso se ponga de pie, durante un minuto, para honrar la memoria del excelso profesor don Omar Dengo.

Fué este hombre raro meteoro, algo así como una exhalación, de esas que dejan una estela de luz alumbrando el camino que debe seguir la humanidad. Por eso sus discípulos dicen ahora, en la intensidad de su dolor: «Murió el

albo Omar» sin tener que decir a su recuerdo la frase consagrada de «Dios lo perdone», ya que de nada tendrá que perdonarle, pues él sólo supo servir a Dios, a los hombres y a la Patria.

Fué el fundador del centro «Germinal» y desde aquella cátedra, desgranó verdades y más verdades, sobre la mente del pueblo, para que adquiriera un concepto más alto de la Justicia y la libertad; enseñando con su verbo mágico de apóstol, un porvenir inmensamente hermoso para todos los pobres de la tierra. Yo fui uno de los beneficiados con aquel rocío de verdades, y por esto, os propongo mi moción, como un homenaje de mi profunda gratitud, y que a su vez sea exponente de la gratitud que sienten

las clases trabajadoras, por el Maestro que con tanta abnegación, sirvió a la cultura de su Patria.

Cortés: De todo corazón apoyo la iniciativa presentada y al mismo tiempo, en forma privada, haré una excitativa al señor Presidente de la República para que en las actuales sesiones extraordinarias nos sea enviado un proyecto de pensión a la señora viuda. La personalidad de Omar Dengo no puede pasar inadvertida. Fué la suya una mentalidad excepcional y como maestro educó más que con su sabiduría, con el ejemplo. Fué sincero y devoto de su pensamiento, que externó siempre sin limitaciones. De su vida tiene que recoger mucho la juventud de Costa Rica y el Estado tiene que rendir un merecido homenaje a la memoria de aquel hombre que fué alto de inteligencia y elevado de espíritu. Y así la nación no sólo debe pensionar a su viuda, sino también velar por sus hijos y costear por su cuenta la educación de uno de ellos.

En su oportunidad redactaré la iniciativa y creo que todos los compañeros de la Cámara habrán de firmarla.

Sotela: Desde que entré al Congreso había pedido al señor Presidente que en la debida oportunidad me concediera la palabra. Deseaba esa oportunidad para formular una moción que comprendiera las dos insinuaciones hechas por los señores Pérez y Cortés.

Al hablar de Omar Dengo, querría uno que tuviera la palabra el poder de expresar lo que el sentimiento de la patria está queriendo decir. En esa imposibilidad, digamos que amó a Dios y realizó los usos de Dios y amó a la patria y realizó sus usos y sus deberes.

Ya en Dios tiene la gracia que merece; déle entonces la patria, aquí representada, el homenaje que es justo a su recuerdo amado y a su nombre esclarecido. El Congreso debería alzar una pira, debería estar ocho días, por lo menos, como en capilla ardiente, venerando el recuerdo de este hombre que fué vivo ejemplo de probidad y de civismo. En Omar Dengo se juntaron todas las virtudes posibles en un hombre: la benevolencia, la comprensión, la simpatía, la probidad, la rectitud, y así fué diáfano y alto en todos los actos de su vida. Si murió fué porque su carne mortal no servía ya a la altura de su pensamiento ni a la sutilidad de su espíritu singular. Así como la bellota se rompe un día para que surja la flor, en Omar la carne tenía que romperse para que floreciera su espíritu. Un día reencarnará y entonces tendrá un cerebro y un corazón propicios a la altura de su vida, que la patria recuerda y señala como un ejemplo a los jóvenes. Hoy su alma es un orto en el cielo de nuestra patria, que la ilumina y la guía para que sea feliz. Aunemos las dos emociones en un solo fin: que el Congreso guarde, de pie, un minuto de respetuoso silencio para evocar el recuerdo de don Omar y al hacerlo, aprobemos también, en una forma íntima, una excitativa al Poder Ejecutivo para que nos sea enviado el proyecto de pensión a la viuda. Que sepan así los hijos del ilustre muerto que la Patria los acoge con el mismo cariño con que Dios los amparará desde la altura donde mora.

Presidente: No puedo pensar que en un homenaje tan merecido quepa la menor discrepancia y que la Cámara uná-

nimemente lo aprobará. Nuestro reglamento interno no nos permite hacer las cosas en la forma que se quiere, pero sí puede hacerse como una medida de orden doméstico del Congreso, con lo que significaríamos el deseo de la Representación Nacional de que el país extienda su protección a la viuda y a

los hijos del Profesor Dengo. Consagremos, pues, con un profundo sentimiento, esos momentos de evocación a la memoria del ilustre desaparecido.

Toda la Cámara se puso de pie y así permaneció, durante un minuto, dentro de un hondo y conmovedor silencio, honrando la memoria de Omar Dengo.

Del Diario de Costa Rica

Proyecto del Poder Ejecutivo para pensionar a la señora viuda e hijos del Profesor señor Dengo

CONGRESO CONSTITUCIONAL:

El Gobierno ha visto con profunda pena la desaparición del Profesor don Omar Dengo, que tan valiosos servicios prestó al país en la labor cultural, y de modo altamente eficaz, al frente de la Escuela Normal de Costa Rica.

Las numerosas y sinceras manifestaciones de pesar que con tal motivo han expresado la sociedad, el magisterio, los estudiantes, la Representación Nacional y los funcionarios, ponen de manifiesto en forma elocuente las cualidades excepcionales del recordado Profesor. Motivos son éstos para que el Poder Ejecutivo considerara desde el primer momento la necesidad de cuidar de su familia, que ha quedado en angustiosa situación económica; y aunque hay ley para regular las pensiones del magisterio, piensa que, dados los méritos singulares del extinto, procede un decreto especial como estímulo para el profesorado del país.

Las recientes expresiones de simpatía del Congreso en relación con el propósito manifestado por el Gobierno a raíz del fallecimiento del Profesor Dengo, de procurar la tranquilidad económica de su hogar, dentro de las posibilidades nuestras, lo mueven, además, a hacer patente lo antes posible ese empeño en for-

ma oficial, en el deseo de que logrará una favorable acogida el siguiente proyecto de ley que, con instrucciones del señor Presidente de la República y del modo más respetuoso, me permito presentar a la atención de la Cámara:

El Congreso, etc.

En atención a los eminentes servicios prestados al país en el magisterio por el Profesor don Omar Dengo, quien dirigió con notable acierto y alta devoción científica y patriótica la Escuela Normal de Costa Rica,

Decreta:

Artículo único.—Asígnase a la viuda del Profesor don Omar Dengo Guerrero, señora doña María Teresa Obregón Zamora de Dengo y sus cuatros hijos Jorge Manuel, José Omar, Gabriel y María Eugenia, una pensión mensual, en conjunto, de cuatrocientos colones, a cargo del Tesoro Público.

Al Poder Ejecutivo

Dado etc.

C. C.

JUAN RAFAEL ARIAS

Secretario de Estado en el
Despacho de Hacienda y Comercio

San José, 20 de noviembre de 1928.



EL PROFESOR D. OMAR DENGO EN COMPAÑIA DE SU ESTIMABLE FAMILIA

En el Congreso

Sesión del 21 de Noviembre de 1928

Fué aprobada por unanimidad de votos la moción para pensionar a la viuda e hijos del Profesor don Omar Dengo

Leída el acta de la sesión anterior, aprobada, se conoció de la ampliación del Poder Ejecutivo acompañando el Proyecto de Ley para pensionar a la señora viuda e hijos de don OMAR DENGO, con la cantidad de ₡ 400.00 mensuales.

El señor Chacón dice que la familia ha tenido muchos gastos con la enfermedad, operación y funerales; que las primeras pensiones que reciba tendrá que dedicarlas a este pago; que la labor del Profesor Dengo fué tan grande que no tuvo tiempo para dedicarse a lo material, que deja a su familia pobre y que no tiene ni casa. Al efecto hace moción para que se decreten ₡ 10,000.00 para el pago de los gastos dichos y para que con el sobrante se adquiriera una casa para ella, y, además, que se le dispensen los trámites.

El señor Presidente dice que toda la palabra en elogio de OMAR DENGO,

huelga; que él está muy obligado por sus condiciones de amigo y de admirador y que más de una vez le pidió consejo, pero que todo esto no implica para que él vea que lo que propone el señor Chacón es un nuevo proyecto del cual no puede conocerse; que sí podría hacerlo aumentando la pensión en ₡ 500.00 que era su sueldo como Director de la Normal.

El señor Chacón acoge la idea, con pena por no poder mantener lo de los 10,000 colones, diciendo que lo revivirá en sesiones ordinarias. Moción para la dispensa de trámites y para que sea elevada a 500 colones. Fué aprobada por unanimidad.

El señor Benavides manifiesta que en Heredia se está haciendo una fuerte contribución para obsequiarle una casa a la señora viuda.

De La Tribuna

La Logia Dharana de la Sociedad Teosófica rendirá homenaje a la memoria de Omar Dengo el próximo viernes

La Logia «Dharana», de la cual fué Presidente don Omar Dengo, dedicará su sesión del próximo viernes a rendir homenaje a la memoria de su querido miembro que deja en la Sociedad Teosófica un vacío inllenable. La Logia hace pública esta sesión para que puedan asistir a ella cuantos amigos del querido y llorado Profesor deseen asociarse a ese homenaje. En esa noche, el poeta Sotela le dedicará un poema que ha escrito para su compañero el señor Dengo.

Ley No. 39

por la cual se pensiona a la viuda e hijos del Prof. don Omar Dengo

N° 39

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL
DE LA REPUBLICA DE COSTA RICA

En atención a los eminentes servicios prestados al país en el magisterio por el Profesor don Omar Dengo, quien dirigió con notable acierto y alta devoción científica y patriótica la Escuela Normal de Costa Rica,

DECRETA:

Artículo único.—Asígnase a la viuda del Profesor don Omar Dengo Guerrero, señora doña María Teresa Obregón Zamora de Dengo y a sus cuatro hijos, Jorge Manuel, José Omar, Gabriel y María Eugenia, una pensión mensual, en conjunto, de quinientos colones (₡ 500.00), a cargo del Tesoro Público.

COMUNIQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional.—San José, a los veintisiete días del mes de noviembre de mil novecientos veintiocho.

ARTURO VOLIO

Presidente

ASDRÚBAL VILLALOBOS J. PADILLA
Primer Prosecretario Segundo Secretario

San José, a los treinta días del mes de noviembre de mil novecientos veintiocho.

Ejecútese

CLETO GONZALEZ VIQUEZ

El Secretario de Estado
en el Despacho de Hacienda,
JUAN RAFAEL ARIAS

Omar Dengo

Apuntes para una silueta psicológica

Conocí al profesor Dengo en la época en que empezaba a florecer su fogosa juventud. Principiaba a asomar su espíritu idealista y de luchador vehemente. Trabé entonces amistad con él y jamás en el curso de ella hubo nada que la entibiara. Nuestra intimidad fué creciendo con el tiempo y su compañía llegó a constituir para mí una necesidad espiritual. Conocedor de sus méritos, lo llamé a raíz de la fundación de la Escuela Normal a colaborar en ella. Allí empezó su obra de maestro y de apóstol.

Su ilustre mentalidad y sus condiciones personales se impusieron y muy pronto ocupó la Dirección del establecimiento.

Dotado de un cerebro vigoroso, su inteligencia era brillante, reflexiva, metódica y rápida en la comprensión de las cosas. Poseía una gran capacidad mental para comprender, asir, o de agarrar en block, como si dijéramos, los pensamientos, característica psicológica que le permitía leer con rapidez y sintetizar una vasta cultura, para la cual le ayudaba también un poder prodigioso

de retentividad y de asimilación. Mente poderosa y flexible, capaz de apoderarse de los matices más delicados de las ideas y de las cosas. Su talento era sintético, sistemático, intuitivo, descubridor de conceptos nuevos y ampliador de conceptos anteriores; analógico, porque descubría a base de experiencia mental nuevas analogías. Era un aperceptivo. Rico en capacidad de combinar imágenes e ideas, gracias a ellas podía percibir el panorama complejo de la vida. Cuando descendía al detalle, penetraba en su corazón y descubría en él un mundo maravilloso e insospechado.

Como pensador, asociaba conceptos e ideas y a veces series enteras de conceptos e ideas, y como artista, asociaba preponderantemente imágenes. A los goces intelectuales asociaba sus goces estéticos.

En la actividad psíquica de Omar Dengo se notaba cómo hacía de sus sentimientos profundos, la esencia de las cosas, y oponía a veces los puntos culminantes del sentimiento, la exaltación de la vida afectiva al juicio metódico y regular del pensamiento. En el fondo, Omar era un místico religioso; pero íntimamente religioso en el sentido filosófico de la palabra; contemplativo, introspectivo, miraba constantemente hacia el interior de su sér. A ratos parecía arrebatado por una intensa beatitud. Más subjetivo que objetivo ese carácter determinó su actividad intelectual. Tal disposición psicológica lo llevó indefectiblemente a actitudes mentales correlativas. Gustaba de la metafísica y de toda forma de filosofía especulativa. Su espiritualismo y su temperamento artístico lo condujeron a tomar una religión adaptable a su mente mística. Esteta por excelencia, tenía que encontrar en esa

religión la mayor satisfacción y encantamiento de su vida. Y es que no hay temperamento artístico que no sea profundamente religioso. No sé por qué en esta hora de las grandes revelaciones de la psicología moderna se trate todavía de estudiar religiones y no religiosos. Es necesario analizar ante todo el elemento humano, el que crea la religión de acuerdo con la estructura mental y los matices de un temperamento. Omar era un espiritualista en el sentido de pretender elevar y prolongar el individuo al infinito.

Conocemos en la historia místicos intelectuales y místicos afectivos. Pertenecen a los primeros Santo Tomás de Aquino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Hegel, Fichte, el mismo Scheopenhauer, en especial, Krase y su discípulo Saiz del Río. Entre los místicos emotivos, sentimentales, afectivos, el gran genio de la sensibilidad San Francisco de Asís, algunos líricos de la Biblia y numerosos artistas entre los modernos. Dengo era un místico que participaba a la vez de intelectual y afectivo en una forma armoniosa tal, que esto venía a constituir la esencia de su genialidad.

Dice Keyserling que la naturaleza de la India tan exuberante no puede concebirse en la India misma de otro modo que con el «Velo de Maya». La influencia de esta naturaleza ha contribuido a darle esa dirección al pensamiento del pueblo que es el pueblo escogido de la metafísica y del misticismo. Esta misma tendencia metafísica se observa en el pueblo alemán que se deja sentir aun en el idioma. Toda persona dotada de un temperamento semejante, tiene que sentirse inclinado a la metafísica india y alemana. Omar Dengo encontraba en

la literatura y filosofía india su encanto espiritual. Alguna vez tuve oportunidad de oírle que la cultura alemana le interesaba por su tendencia metafísica. Véase en estas palabras tomadas de una de sus conferencias, la evidencia de lo que hemos expuesto. «La filosofía será el gesto del espíritu de cada hombre en presencia de las cosas... El camino de la filosofía es la meditación, la reflexión. La meditación no es más que diálogo; converso conmigo mismo; es un diálogo vivo. A veces entra Platón y dice sus palabras; este esclavo tan humilde y servicial de la subconciencia nos trae a la memoria las palabras platónicas. Filosofía es la aspiración de comprender algo sustancial de la vida. La filosofía como necesidad del espíritu humano es nada más el deseo de saber. La inquietud es el principio de la filosofía».

El espiritualismo de Omar Dengo, puede muy bien apreciarse en estas palabras: «Si el espíritu no se derrama en el tiempo, éste no tiene sentido, es simplemente duración, es como el espacio sin el árbol, sin la montaña, es el vacío; así el tiempo, si no está lleno con el espíritu, es la duración, no es la eternidad, ni mucho menos la inmortalidad».

A medida que desarrolló su inteligencia, se notaba en Omar un aumento considerable de su sensibilidad, un aumento de la misma en fineza, en delicadeza y en penetración. Su capacidad de emocionarse crecía ante la presencia augusta de la Belleza, de la Verdad y del Bien. Fueron, por consiguiente, sus emociones estéticas, intelectuales y morales.

Tuvo lo que puede llamarse el *sentimiento de la felicidad consciente*, que brota en aquellos que cultivan las formas del misticismo desmedido, encontrando un

rico venero de vida interior animada de una honda vocación, satisfaciendo tendencias ingénitas y espontáneas de su naturaleza íntima. *Se sentía vivir*: su vida corría, cual una ola dulce, que lo arrobaba, indeleble e impregnada de un sentimiento exultante hasta las últimas fibras de su sér...!

Su organismo funcionó armoniosamente. La felicidad le fué un sentimiento de vigor y plenitud que oreaba y perfumaba su vida. Ahondaba el placer en forma contemplativa y concentrada.

Omar Dengo tenía normas éticas personalísimas. Cultivó el sentimiento de simpatía hacia los demás y no perdía instante en intensificar la perfección moral de su sér. Sencillo y modesto, despreció las vanidades y el dinero. Pareció haber hecho voto de pobreza y se constituyó en discípulo laico de San Francisco de Asís. Alguna vez sus congojas económicas le obligaron a vender su biblioteca. ¡Crueldad del destino que para procurar el sustento hizo vender sus libros al maestro y al apóstol que durante su vida dió oro al través de sus enseñanzas!

Fué una característica de su estructura ética la de reconocer los méritos de sus enemigos, aún de los más encarnizados y gratuitos. Con sus amigos fué siempre leal y cariñoso. Fraternizó siempre con ellos; y quizá, por no haberle dado el destino la dicha de tener hermanos, vió en cada amigo un hermano suyo.

La palabras de corrección para sus discípulos hechas con suavidad y delicadeza llegaban a la sensibilidad de éstos como el roce de una flor.

Pensador, erudito, construyó con su meditación, con el verbo de su palabra y con la ejemplaridad de una vida en-

tregada al bien. Fué un verdadero sembrador. Amante de la verdad y de la justicia encontró la alegría del vivir en la tranquilidad de su conciencia. Su vida fué un ejemplo, su trabajo una ense-

ñanza y supo embellecer aquella en todos los momentos de su existencia. Fué, en fin, un hombre infinitamente bueno.

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

In Memoriam

¿Quién fué ese varón, al que llamamos Omar Dengo?

Sabedlo, costarricenses: fué un hombre que cernía la cabeza con las águilas, allá en el picacho avizor de lontananzas; y que también arrullaba el amor con las palomas, en el regazo tibio del alero familiar.

¿No me entendéis, acaso?... Tal vez, porque la mente pocas veces se detiene a considerar, por raras y prodigiosas, esas felices conjunciones— en el humano linaje— del numen vigoroso con la excelsitud de las almas: es la corola de oro, saturada de esencias, que se cubre, como en la plácida azucena, del albo capuz que tanto la embellece.

¡Elogiemos a porfía la producción del divino consorcio!

*
**

«Soy apenas un hombre», decía este dilecto maestro de sencilla grandeza,— cuando vivía en la iluminada obscuridad de su profesorado,— poniendo en el sentido intenso de esa modesta frase un acervo tan grande de intención y sencillez,— para los que sabíamos leer en la parábola de su espíritu anheloso,— que uno se maravilla todavía de que en tan pocas palabras pudiera plasmarse toda la

doctrina de un aliento tan profundo y generoso como el suyo.

Soy apenas un hombre, quería decir para Omar Dengo,— el apóstol, misionero a la vez de la elevación de los sentidos,— que se sentía obligado, en credencial y fé de ser criatura humana, a entregar a la causa del bien y la verdad todo el vuelo pujante de su inteligencia, y a más, el jugo de su corazón, dulce y magnánimo.

Quería decir también, en sus sabias palabras, este gran Omar Dengo, que no se pagaba de lisonjas ni se complacía en la vanidad de su renombre: que se movía por la palanca del deber, del sagrado deber, que era su dogma. Quería decir que en la sola e íntima satisfacción del sabor de sus propias lecciones había miga bastante para las ansias de su espíritu, hurraño al clamoreo del tributo mundano.

Si era, pues, su cabeza como el nido de un sol, no irradiaba mejor con esa luz, que con la diáfana lumbre de la estrella que era su alma.

*
**

¡Por qué no le conocimos bien, ayer, cuando vivía! ¡Por qué no pensamos en este dechado de hombres superiores,

para orientar los destinos de esta Patria, tan falta de figuras ejemplares, tan menesterosa de un guía, que como éste, pudiera redimirla del estrago moral en que ella vive!

La muerte ha conspirado contra el país, si por desgracia no pensamos mal cuando pensamos que era Omar Dengo, entre nosotros, por los tiempos que corren, el vástago unigénito de las grandes y escasas gestaciones que se realizan al conjuro asociado de la Luz y del Bien.

*
**

Sentid entonces, ¡oh costarricenses!, el estrujón de esa gran pena que embargó nuestro ánimo, dolido del eterno emigrar del amigo; pero más que todo suspenso en la inquietud de la orfandad en que nos deja el maestro que fué un ejemplo vivo de rectitud y de grandeza; el que se improvisó soldado en la dolida tragedia de Coto; el maestro grande en todas las sabidurías del espíritu grande de los hombres: en la ciencia, en la abnegación, y aún en la gran prueba del paso de la muerte.

Porque habréis de saber que murió como un estoico, o más bien, como un santo, este joven paladín de todos los apostolados. Se desprendió de este halago pasajero que es la vida, como de cosa fútil en la suprema filosofía del pensamiento, preocupado, no de sí, de los demás: de su esposa, sus hijos, sus discípulos; ¡y más que todo de su Patria!

¡Oh alma soñadora y serena de Omar Dengo, que así remueves el fondo de la nuestra, y que la emulas en los grandes trances de la vida, con el ejemplo de tu suprema abnegación: anídate en

nosotros, haznos ver como veías, haznos sentir como sentías! ¡Y que el extraño milagro se realice, por el favor que te imploramos, y para la glorificación que te debemos!

*
**

En la iglesia de Heredia, ardía en los pebeteros el fuego purificador, que en su simbolismo crematorio consume el despojo mortal y contribuye a la purificación del espíritu. Las naves del templo, atestadas del doliente gentío, guardaban, sin embargo, su aspecto adormecido, silencioso, como si parecieran ignorar, en su manera grave, la infinita congoja de las almas, por lo muda que era esta congoja, por la forma callada y sobrecogida en que oprimió los corazones.

En los cirios y velas que rodeaban el túmulo mortuario, se percibía el perenne chisporroteo de la llama que devora la esencia y el pabulo, como la llama de la vida, cuanto más ardorosa, más pronto funde y anonada la naturaleza de los hombres.

Cuando el cántico fúnebre, evocativo, rompió en salmodias el misterio de aquel silencio absorto, a compás de la nota quejumbrosa que parece lacerarnos la garganta, se vió por fin, clarear en las pupilas el anuncio luminoso de las represas lágrimas, ya listas a escapar del antro de la pena. Luego vino el conpungido llanto a pecho abierto, el retorcido espasmo de dolor, o el tenue sollozo de las pobres mujeres... Entre éstas, nada tan conmovedor como las primicias de aflicción de las niñas que habían encontrado en el Maestro, como Marta en Jesús, un padre espiritual imponde-

rable, como Telémaco en Mentor, un refugio de paz y sabiduría.

¡Y en nuestras almas se filtró, gota por gota, el amargor de aquel viacrucis!

*
**

Llorad, dulces mujeres, en Omar Dengo, al maestro, al consejero y al amigo que mitigaba penas, que estimulaba el buen afán, que prendía la luz en las conciencias y fortalecía los corazones. Lloradlo, como bien único, perdido por el inexorable decreto del Arcano. ¡Vivid de su recuerdo y su enseñanza!

Pero vosotros, hombres que os ufanáis de reprimir los desbordes del dolor,

decid si también no sufristeis el ímpetu del llanto, allá en el templo, bajo la solemne y mística revelación del incensario y la fúnebre campana, cuando pudisteis realizar, frente al sarcófago del prócer, toda la magnitud de esta irreparable pérdida de la Nación.

Llorad a Omar Dengo, vosotras las piadosas mujeres: ¡santificado sea en vuestra memoria!

Nosotros los hombres, que le vimos morir como Dios manda a sus elegidos, que le vimos apurar la cicuta de Sócrates en la diamantina copa de Platón, si hemos de llorar que sea por Costa Rica...

VICTOR GUARDIA QUIROS

El hombre que supo morir

No ha sido la figura de Omar Dengo muy popular en nuestra América, porque su obra fué casi toda oral. Poco queda escrito de su pensamiento y ha de ser frecuente que su apostolado no sea aun por muchos conocido. Mas la obra de este joven maestro queda en sus discípulos, queda en su vida, queda en su muerte. Estoy seguro que en pocos años más Omar Dengo ha de ser nombre familiar para los latinoamericanos ansiosos de ejemplos vividos y de grandes guías sinceros. Sus años de trabajo silencioso en la Escuela Normal de Costa Rica son años de siembra. Siembra granada que florecerá en centenares de nuevas maestras y maestros que mucho han de llevar del espíritu luminoso

y director de quien supo infundirles fervor y conciencia misionera.

De mis horas de charla con este hombre, generoso, guardaré siempre recuerdo vivo. Era religioso sin ser sectario, pero como que equilibraba su fe en los poderes superiores con una serenidad pagana irónica y dulce, que algo tenía del frescor de Grecia.

Gran orador según testimonio unánime. Orador de oratoria auténtica,—que ilumina, guía y enseña y no atolondra con el resonar de metáforas excesivas,—alguna vez me definió su concepto de la elocuencia y coincidimos. Mas yo no le oí sino en su último discurso. Aquel luminoso y postrero, lleno de socrática serenidad, dicho a sus discípulos y a

sus amigos veinte minutos antes de expirar, cuando la agonía ya cortaba sus palabras y daba a su rostro lividez imponente. De aquel discurso máximo, sumario de vida, testamento glorioso, surgió su más bella y profunda lección. Lección de paz y fortaleza dicha tranquilamente frente a la muerte que él miraba llegar con la misma peculiar sonrisa que marcó en sus labios un gesto perenne en la vida y los selló de ironía en la hora del total silencio.

¡Qué difícil es saber morir!, pensaba yo ante aquel agonizante engrandecido por el valor supremo. A pesar de que la muerte rompía casi insólitamente un ideal de vida esperanzada, una jornada de eficacias, una juventud victoriosa circundada de admiración y proselitismo eminentes, Omar Dengo se adueñó gloriosamente del momento como un joven héroe. Se revistió de fortaleza, de una extraña fortaleza plena de conciencia vidente y quiso enseñar que no es sólo de leyenda el ejemplo de los moribundos que saludan sonrientes a la vida desde el pórtico de las sombras.

De la interesante personalidad de este hombre atrae su rebeldía generosa. Porque no fué un conformista. Anheló ser justo y buscó armonizar la severidad con la dulzura. Quizá si por eso halló que ninguna forma fué mejor para mantenerse en un equilibrio sereno que la de la verdadera ironía. La usó consigo mismo y la usó con los demás, pero, —todos coinciden— la usó constructivamente. Así en la vida, así en la muerte. Así Sócrates.

Fueron sus palabras postreras para la

juventud de Costa Rica y con ella para la juventud de América Latina. Toda puede recoger ese llamamiento a la nueva generación para que se incorpore y se defina en la lucha y para que tome el puesto de los viejos. Vencido ya por la muerte, las últimas palabras de Omar Dengo son un cálido llamado a la conciencia juvenil para que trabaje, para que no desmaye, para que *viva*, en el óptimo sentido del vocablo. Pide a la generación moza que se renueve y que sea fuerte, dinámica y sincera. Le pide que *se dé* a las grandes causas y que «conservé la riqueza nacional para el surgimiento de una gran cultura». Y en estas palabras breves fué su queja recóndita por esa riqueza que se va a otras manos. Riqueza que es cadena de esclavitud para nuestros pobres pueblos, que trabajan servidumbre para que surjan otras culturas, se afirmen otros poderes y para que el fruto de su angustia sea el refluir amenazante del poder imperioso y agresivo que ellos mismos contribuyen a engrandecer.

Así se fué el hombre que supo morir. Así se fué dejando en torno suyo como un rastro de luz. No hubo lágrimas al final, de ese discurso hondo y bello, porque la fortaleza del moribundo lo inundó todo de rara serenidad.

Ya lo he dicho: murió poco después de media noche, pero su muerte como que adelantó la aurora.

HAYA DE LA TORRE

San José de Costa Rica, C. A.,
noviembre de 1928

Del *Repertorio Americano*.

OMAR

Cuando fuimos en nombre de un grupo de ciudadanos a su nido—la Normal— a pedir al Maestro de los Maestros abandonara su retraimiento y dijera al país nuestras inquietudes, las mismas que refulgieron en su pensamiento en los postreros instantes de su vida, poca, muy poca resistencia opuso a nuestra instancia su notoria modestia, fácilmente vencida por su generosidad y su civismo. Y fué así como por última vez su palabra sabia—toda luz,—fuerte—toda acero,—hermosa—toda ritmo, vibró libremente con resonancias de épico clarín en los oídos de los costarricenses. En el Teatro América, durante dos horas, nuestras almas pendieron de sus labios de apóstol: doctrinas económicas, concreciones históricas, examen exacto, hondo y valiente de los problemas actuales, ardor patriótico, previsión iluminada, todo lo que hemos pensado y sentido en forma tosca y primitiva como proyecciones del instinto de conservación de la personalidad del pueblo costarricense,—allí fué y lució radiante en imágenes firmes, nítidas y bellas. Apoteosis justa y definitiva de esa noche para el maestro que siempre sintió y cumplió el deber de crear y robustecer y encender el alma de la nación en los días de prueba; para el hombre superior que supo respetar todos los credos, con tal de que quienes los pregonaran fueran leales en su devoción; para este «santo civil» que, al sentir sobre la frente el

hálito de la muerte, pudo auscultar estoicamente su pecho sin oír el ronquido de ningún odio, y pronunciar desde el límite misterioso del ser y no ser «el más alto sermón que se haya escuchado—como dijera Haya de la Torre,—el de la grandeza de su patria por el civismo y la cultura». Aun halaga nuestros oídos el estruendo de la ovación que se le tributó aquella noche; como los tumbos del mar se conservan en el caracol, así lo llevamos dentro del corazón para arrullar nuestros ideales nacionalistas.

Cuando más necesitaba Costa Rica de este hijo dilecto a quien Dios dotara del dón mágico de la palabra, para la defensa de su patrimonio y de su espíritu; cuando las angustias de estas crisis de nuestra nacionalidad que vivimos hoy, demandaban una voz como la suya, —caldeada por el amor patrio, sonora, prestigiada por la austeridad y la sabiduría, pura como cristal de roca;—campana de bronce propia para convocar a los hombres de buena voluntad a la suprema lid que detenga la disolución de la República;—único conjuro quizá que habría producido el milagro de la tempestad que debe sacudirnos para salvarnos,—no sabemos qué hado adverso, enemigo de nuestra democracia, lo arrebató para sumirlo en el infinito silencio.

Oh! Patria, tu Verbo ha callado...!

RICARDO FOURNIER Q.

Exhortación del señor Director de la Escuela Normal de Costa Rica en la Fiesta de la Raza y de los Graduados de la Escuela, mañana del 12 de Octubre de 1922

Señores:

En nombre de la Escuela saludo atentamente a las altas autoridades de la Nación y a los señores representantes de otras naciones que se han dignado asistir a este acto.

Y, recogiendo el eco de la materna ternura, saludo a los hijos de la Escuela que retornan, ostentando laureles, a la casa solariega en cuyo santuario un día se les armó caballeros.

Conforta a la Escuela la presencia de sus hijos. Cual si la estrella del estandarte hubiese cobrado vida, las aulas están llenas de la luz que fluye de la renovada promesa de fidelidad. Cada año, a la llegada de los hijos ausentes, se repite el milagro, que parece ya sentir avidez de que una leyenda, apoderándose de su secreto, lo dé a conocer, en poesía y símbolo, como suceso de los más significativos y bellos en la vida de la juventud costarricense. Y así es. Trátase de un convivio anual en que los jóvenes se congregan a crear y a soñar, porque renuevan promesas y porque las formulan, porque reviven entusiasmos y los magnifican. ¡Nobilísimas funciones! Decía Lugones que abstraer es poner espíritu y quitar materia. Soñar y crear, aspectos superiores de la abstracción, es quitar pasado y poner futuro y quitar sombra y poner fulgor.

Permitidme que recuerde con brevedad el historial de esta fecha. Celébrase la vez primera en abril de 1917, a pedido del

señor García Monge, entonces Director de la Escuela, para conmemorar su inauguración ocurrida en 1915. Los Graduados trajeron al festival su ofrenda y así al año siguiente, ya había adquirido un nuevo significado: tras recordar el día de la Escuela, comportaba un homenaje a los Graduados. Pero tal segunda celebración fué en cierto modo trágica. Coincidió con la fecha en que la destitución del señor García agravaba hondamente a la Escuela. Los Graduados llegaron otra vez con su ofrenda a encontrar a la madre conmovida en los hondones luminosos de su sér por un dolor profundo. Se alejaron, y el otro año no vinieron, y no pudo ser que volvieran sino cuando, a fines de 1919, el actual régimen de la Institución, entonces iniciado, declaró, con amor y por lealtad, que se acogía al destello protector de los antiguos blasones de la casa. Y ellos son los que ahora presiden la vida de la Escuela y amparan su laboriosa inquietud: el cuartel azul donde se distiende fulgente la esperanza de los jóvenes, fragmento de bandera y de cielo patrios; y la estrella blanca, donde una heráldica que no será de la historia, pero sí del corazón, reseña los más elevados orientes del espíritu. En 1919, pues, la fiesta se celebró, como luego el 12 de octubre, a la verdad sin que se hubiese pensado en asociar los símbolos. La fecha surgió a ofrecerse oportuna, como América en el camino de Colón. Y si de aquel en-

cuentro en el océano—un barco y un mundo,—se encendieron glorias y se originó el proceso de una civilización, acaso llegue a ser que de este otro encuentro de una juventud y un día, nazcan las hazañas con que las generaciones descubren y determinan, expresándolo, el destino de las razas. Pero entendamos que raza, como civilización, no es desatada legión de odios, sino camino de fraternidad. Tal es el concepto que contemplamos aclararse en la afirmación de las voces privilegiadas del Continente. Y en el mensaje que Gabriela Mistral lleva a Méjico, la lira, más que exaltar futuras epopeyas, sin renunciarlas, anuncia dulces evangelios.

Atraer la juventud a la Escuela, año tras año, fomentar la devoción y esclarecer la fé, era poner en marcha una gran fuerza; pero convocarla alrededor de un suceso pleno de las más hermosas síntesis de la historia, ya es ofrecerle a aquella fuerza un cauce extenso, una orientación firme y un ideal definido. Con lo que de sólo fuerza que era, tempestad quizás, ahora asciende a ser creación. Y si la tempestad sigue alentando en ella, ya no será para deshacerse en estruendo, sino para acumular en la entraña del país, donde férreas canteras resguardan la savia del Continente, un vigoroso impulso de perfección. Atada la juventud a tal ensueño, al contrario de la suerte de Prometeo, la roca habrá sido encadenada al espíritu. Y cuando la juventud cobre alas y las agite, la roca se tornará alada, y el vuelo la convertirá en astro. Así, quizás, en la aventura de Clavileño, Sancho alcanza a sentirse Quijote y puede parecerle que

un caballo de madera arrastra las crines resplandecientes de Pégaso.

Tres diversos días confunden su aurora en esta mañana de fiesta: el de la Escuela, el de los Graduados, el de la raza. Los tres de rememoración, de esperanza y de promesa. Los tres de acción y de concordia. ¡Velas, oleajes, huracanes; recuerdo íntimo de la aula, la palabra del maestro, la primera lección, el amor del compañero, la lámpara y el libro, caciques y hogueras, corceles y armaduras, Cortés y Moctezuma; la Reina Magnánima y el indio rebelde, el Libertador y el Apóstol...! Y es un vasto y tumultoso desfile de imágenes, de toda forma y de todo matiz, discurrendo las unas por las sendas secretas del corazón, precisándose otras en la lejanía anochecida del tiempo, imágenes estremecidas de emoción, arrebatadas por la ansiedad de condensarse en aquello que es por sobre todo majestuoso y potente: la idea! Concítalas el amor de la juventud, como atrae el germen a las fuerzas subterráneas en que fluye la selva cuando todavía es átomo. Y una juventud que se agrupa a solicitud de una idea, es digna de que si ésta no existe, brote del ámbito y le corone de rosas la cabellera. Demos de nuestro espíritu, señores, una ansia siquiera de perfección, para que los contornos de esta hora se inunden, como de fragancia, de estímulos creadores!

Vosotros, los hombres que estáis hoy a la sombra de esta juventud, reflexionad que el acto sugiere mayor trascendencia que una fiesta. Hay agrupados aquí jóvenes procedentes de todos los lugares del país, así entre los bienvenidos, como entre quienes lo reciben con

arcos; jóvenes que concurrieron a la fundación de la Escuela y entonaron por vez primera su himno, y jóvenes que no han cumplido un año todavía de ejercer el magisterio; algunos traen algo maravilloso en los brazos: el hijo. La evocación de la raza progenitora se hace, pues, poniendo a vibrar la misma solidaridad que la hermana y que es, en lo esencial, el mismo don de armonía, que une, en pensamiento y virtud, a todos los hombres. Pensad, por consecuencia, que la actitud espiritual aquí manifiesta, atesora fecundos augurios de gestión cívica para la vida posterior del país, los cuales, vinculados al desenvolvimiento de altas empresas nacionales, pueden engendrar vivas realidades, —y hermosas,— dentro de una máxima aspiración continental.

Jóvenes hay aquí, antiguos alumnos de la casa, desconocidos de los actuales alumnos y para quienes éstos son también desconocidos. Sin embargo, como son hermanos, reúnelos cordialmente la obra común. Mas lo importante es que esto que los reúne—precisa insistir en ello—invisible lazo de luz; esto que los invita, inasible atracción; esto de que se les habla, cosa sutil..., presuponen, en realidad, la presencia de aquellos incentivos genitores bajo cuya presión se plasman la conciencia y la misión de un país.

Confirmándolo, veréis que en la sesión de trabajo dedicada a los Graduados, después de la fiesta, los actuales alumnos tendrán proposiciones que hacerles, fruto de su iniciativa y cooperación. Desde que recordaron la fecha, proyectaron dedicar algunas horas de este día a la elaboración de nobles propósitos.

Suponiendo que con ser ello una nueva forma de labor de la Escuela, fuera, no obstante, algo baladí, o que faltos de vigor los ensayos, fracasen de esta vez, siempre entrañarían un anhelo, una capacidad y un entusiasmo de acción, que para los hombres, y especialmente para los directores de un país, deben ser motivo predilecto de cuidado.

La Escuela se transforma de esta manera, cada vez más, de académica casa de enseñanza, en activa fundación social. Actícipase así, en armonía con la mente de los tiempos, a realizar la gestación, ya impostergable, de las horas pródigamente laboriosas en que la educación de los jóvenes, obra de ellos mismos, libertada de la garra de todo dogmatismo, se abra, en medio de un íntimo y multiforme contacto con las necesidades del país, como un haz de arterias vivificadoras, palpitantes de ideal y de dinámica voluntad de creación. Sí, además, se piensa que esta es una Escuela Normal, matriz de cultura y de opinión pública, por su fin; seminario de justicia y libertad, por su esperanza; la única institución docente de carácter nacional, por la ley; la más pobre, por la condición, a veces misérrima, de sus alumnos; concíbese entonces imperiosa la necesidad de apoyar eficazmente a esta juventud. Ampliarle la oportunidad, es lo que falta, en suma. Darle mármol para la obra que intenta en arcilla.

Admirable campo de siembra, poblado de surcos sedientos, son los jóvenes, cuando la escuela es capaz de provocar la eclosión de sus devociones y de sus traerlas al arraigo en la tierra estéril del pesimismo. Pero si la institución carece de vitalidad para adaptarse a las

necesidades de un creciente afán de realidad y fuerza, entonces sólo logrará servir de tránsito para que los nuevos jóvenes extravíen la ruta, y vayan, como las generaciones vencidas, a acrecentar la sórdida miseria de espíritu que al cabo va devorando los cimientos de la república. La Fiesta de la Raza, señores, interpretaría a maravilla las intuiciones de la raza, si contribuyera a fortalecer e iluminar la conciencia de los deberes que nos reclaman las preocupaciones juveniles. Ellas están consagradas a ser, de preferencia en los maestros, el instrumento de expresión, en las visiones de la historia, de los dones del espíritu humano, en lo que tienen de eterno. No hay problema del país que se pueda resolver sabiamente en ausencia de la capacitación de la juventud.

Estoy seguro de que si pensáramos en convertir la Escuela, por medio de los jóvenes, en una síntesis fundamental de los hábitos de grandeza del país, y así del Continente, aquella síntesis se produciría no muy tarde, con la rutilante belleza de la roca que, acumulando energías, florece en esmeralda. Y así del Sur y del Centro y del Norte llegarán, revestidos de idea, los mensajes de la raza, la cultura del país, acopiando sutiles influencias y acentuando sus naturales corrientes de progreso, llegaría a ser en hora propicia, en mitad del continente, robusto estandarte de la Raza.

Pero antes importa, y es urgente, que en todos estos países hermanos, como algunos ya lo hacen, descubramos a plena convicción, el continente interno: la juventud. Hay que determinar su trascendente significación, dándole oportunidad de revelarse. Ponerla a servir a

los intereses permanentes de su vida es todo el secreto. Lanzarla a buscar doctrinas y símbolos de grandeza, en una aula de trabajo; y en redentora profusión, suscitar en ella el despertar de alborada, en mitad de la naturaleza, de aquellos ojos escrutadores del destino humano. Todo ello corresponde a la misión de las escuelas. No son ni las primarias, ni las secundarias, ni las normales, como entiende el vulgo, ilustrado o ignaro, mecanismos que deban juzgarse por razón del gasto que al Estado le demanden. Son grandes laboratorios consagrados a transformar las fuerzas oscuras en aptitud de la muchedumbre para la vida civilizada.

Goethe, en el *Wilhelm Meister*, idealiza el concepto de la educación radicándolo en el respeto de sí mismo, noción de reverencia más elevada y comprensiva que la de honor. Pues bien, refutar la conveniencia de la escuela, en todas sus formas, por mala que sea, es renunciar al propio respeto, discutir la majestad de la dignidad del hombre y, tratándose de la sociedad, simplemente discutir su derecho a ocupar un puesto en la civilización.

En América la escuela confronta una tarea caupolicánica, la de tender, enclavados en el Ande, erguidos como la lanza del Quijote, amantados de gloria por los senos de dos océanos, los sillares de una civilización nueva y mejor. Al evocarla, recordemos que el genio de la raza sentirá traicionada su virtud mesiánica, mientras las escorias de una ruina le brinden sustento a los despotismos, propios y extraños, de que América se avergüenza!

.....

Pero estábamos en mirar este espectáculo, imaginadlo a la distancia de cincuenta años, cuando la juventud que la Escuela entrega haya crecido siquiera diez veces. Habrá aquí entonces más de mil jóvenes, tal vez dos mil. Muchos serán ya ancianos, acaso algunos habrán sido estadistas o sabios, héroes o poetas o habrán ennoblecido la religión de Sarmiento,—la escuela,— o llegado ser por otro modo, ciudadanos eminentes. En todos los confines del país, estará visible la acción de esas manos, que el cielo proteja.

Volverán a su *Alma Mater*, una vez más, a buscar al hermano, niño todavía que deba reemplazarlos en el culto del Hombre. Otros, ya estaremos más allá de la sombra. Si alguien nos recordara en aquella gran fiesta ¿qué diría de nuestras actuales responsabilidades?

Proponeos, ¡oh jóvenes! llegar con nobleza a aquella cumbre de cincuenta años...

Y los que ya no podamos alcanzarla, procuremos llegar a la sombra seguidos de un bello resplandor...

OMAR DENGO.

El Magisterio panameño y el fallecimiento de Omar Dengo

El Comité Directivo de la Asociación de Maestros de la República de Panamá,

CONSIDERANDO:

1. Que acaba de fallecer en la vecina República de Costa Rica don Omar Dengo, Director de la Escuela Normal de Heredia;

2. Que el Profesor Dengo fué un apóstol de la Pedagogía moderna, gloria no sólo de su país, sino de toda la América Hispana;

3. Que dedicó a la enseñanza Pública su corta y fecunda vida, llena toda ella del ejemplo edificante de una laboriosidad inagotable y una consagración sin descanso en la cátedra escolar;

4. Que fué miembro honorario de esta Asociación y gran simpatizador de Panamá,

RESUELVE:

1.º—Hacer constar por medio de la presente Resolución, el sentimiento de pesar que embarga al Magisterio Pana-

meño por la temprana muerte del ilustre Profesor costarricense don Omar Dengo;

2.º— Autorizar al Presidente de la Asociación para que envíe, por mediación de la Secretaría de Educación de Costa Rica, un cablegrama de pésame al Magisterio Costarricense;

3.º—Remitir a la misma Secretaría y a la Escuela Normal de Heredia, por el órgano del señor Ministro de Costa Rica en Panamá, copia auténtica de la presente Resolución con el ruego especial de que aquel Despacho haga presente a la señora viuda y a los hijos del extinto, la expresión de condolencia del Magisterio panameño.

Dado en Panamá, el 30 de Noviembre de 1928.

El Presidente,

ERNESTO J. CANTILLERO R.

El Secretario,

EZEQUIEL VALDÉS A.

Los funerales y entierro del Profesor don Omar Dengo en Heredia
Una imponente manifestación de dolor acompañó el cadáver hasta su última morada



DE IZQUIERDA A DERECHA: LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA NORMAL DESFILANDO HACIA EL CEMENTERIO, EL CORTEJO ENTRANDO AL CEMENTERIO, ALUMNOS DEL MAESTRO DESAPARECIDO DESFILANDO HACIA LA CIUDAD DE LOS MUERTOS. ABAJO: MOMENTOS EN QUE EL ORADOR HAYA DE LA TORRE PRONUNCIABA SU BELLA ORACIÓN FÚNEBRE.

DIEZ COSAS BUENAS

Hay diez cosas de que jamás se arrepentirá el que las practique:

- 1.^a Hacer bien a todo el mundo.
- 2.^a No hablar mal de nadie.
- 3.^a Reflexionar bien antes de decidir una cuestión.
- 4.^a Callarse cuando se siente cólera.
- 5.^a No rehusar nunca un servicio cuando se puede hacer.
- 6.^a Socorrer a los desgraciados.
- 7.^a Confesar los propios errores.
- 8.^a No enconar las discusiones.
- 9.^a Tener paciencia con todo el mundo.
- 10.^a Desconfiar de lo que cuentan los murmuradores.